



UNA CIUDAD DE BELLEZA INCOMPARABLE. Una vista del Cerro Santa Catalina dominado por el «Elogio del horizonte», en medio del oleaje. | MARCOS LEÓN

Un faro en el Piles

Un periódico que vino a ofrecer otra manera de ver Gijón, a hacer gijonismo de otra forma

Un periódico es como un faro. Que resiste enhiesto en medio de las turbulencias o hace de vigía atento en las calmas chichas de la historia. Un periódico está escrito para el sol y para los vientos. Y, aunque pasa las vicisitudes con más dificultades de las que se piensa, en eso consiste su fuerza: en respetar los hechos, en desvelar claves de análisis, en demostrar una sólida consistencia. Con esa dura ascesis y esa exigente autonomía se vuelve luz en la tiniebla, dirección en la galerna, refugio en la tormenta para todo el que ande buscando que lo orienten. Cuando se rompe esa lógica, entonces la prensa deja de ser referencia.

Veinte años hace que este periódico, LA NUEVA ESPAÑA, tuvo una idea osada: levantar un faro en la misma orilla del Piles, siempre revuelta. Vivía Gijón una de sus euforias, un mal que la arrebatara mucho, y pasaba por abundantes transformaciones, no todas buenas. Con la ciudadanía desorientada por un alto exceso de ficciones y cosméticas, la ciudad era una burbuja de champán falso. Que nos ha traído borracheras desgraciadas, que estamos pagando con exceso de sangre.

Creo que, al margen de expansiones lógicas, el sentido profundo de ese paso era traer a Gijón más luz. Y, sobre todo, luz nueva. Porque estaba la recóndita urbe algo oscura. Se trataba, creo, de hacer algo sumamente evidente: aumentar, y mejorar, la circulación de informaciones, pensamientos e ideas. Puede decirse eso de manera más gráfica: se trataba de hacer llegar hasta Gijón las autopistas de la información, igual que habían llegado antes las autopistas de tráfico. A su manera, era Gijón un corralito informativo. Lo mismo que Asturias. La prensa asturiana transcurría

por viejas e inviábiles carreteras locales. De las que se hicieron corrientes trazados y rediseños, como «Asturias Diario Regional» u otros, pero que no tenían ancho ni firme europeo.

En el corralito de Gijón un consolidado pontífice, de buena cultura y estupenda pluma, Carantofía, nos comentaba, con el ojo puesto en «Le Monde», un periódico escrito en un idioma de pasado y en un periodismo pomposamente desfasado, los acontecimientos. Aquel pontífice explicaba la vida y el ser de Gijón con un bello ángulo de escepticismo y un poso de nostalgia, más gallega que asturiana. Ése era su magisterio: sobrio sentimentalismo distanciado y un cierto cosmopolitismo analítico. Pero el mundo, como demostraban tantos periódicos de fuera, discurría informativamente por otros derroteros. En inglés y con aire americano.

El futuro estaba en las nuevas autopistas. Que llegaron a Gijón de la mano de dos grupos: los nuevos propietarios de «El Comercio» y de LA NUEVA ESPAÑA. Había empezado otra carrera. Conviene, además, señalar que países muy importantes tenían sus más influyentes periódicos en provincias alejadas de sus capitales, el «Frankfurter Allgemeine Zeitung» y el «New York Times», por mencionar casos obvios.

Llegaba a Gijón esta cabecera con una mancha en la frente: Oviedo. Un handicap. Apareció aquí como el forastero en el proceloso Oeste. Lo recibieron entre miradas de reojo y resistencias de tahúr viejo. Presidía el panorama de Gijón una santa compañía, una mezcla de institucional de marcado compadreo, en la que las instituciones de la ciudad funcionaban como clanes de intereses, o miembros distintos de un único cuerpo. Sporting, Ayuntamiento, Prensa, y demás et-



Luis Meana

Puede decirse que ya no resulta posible entender lo que pasa en Gijón sin tener en cuenta esta otra mirada periodística

céteras, eran partes de un continuo en el que no había sitio para foráneos poco domesticables. Por decirlo con la palabra mágica: un monopolio fáctico. Operativo, informativo, ideológico. Una cosa tribal, sostenida en una calidad ficticia, y que daba mucha importancia a un supuesto pedigrí de gijonismo con méritos ancestrales, que ni era pedigrí, ni era nada.

Asistimos entonces al silencioso choque de la tribu con la autopista. Lógico. Venía el periódico a ofrecer otra manera de ver Gijón. A hacer gijonismo de otra forma. Distinta a la que habían confeccionado los popes locales con autocomplacientes miradas al ombligo y un reparto de posiciones y de famas basadas en la nada. Vino el periódico foráneo a cuestionar mitos y realidades y a demostrar que no había una mirada única de Gijón. Empezó este periódico a contar la vida y los misterios de esta urbe con prismas no trucados. Porque, dígame lo que se diga, la ciudad no ha sido casi nunca bien contada. Tanto literaria como intelectualmente.

Así que el periódico se convirtió en muchas ocasiones, que todavía se repiten, en un engorro, por rompedor de usos y atribuciones de castas político-civiles, en una ciudad

que lleva mal los pluralismos y las divergencias porque tiene un raro fondo dogmático. Rompió esta cabecera el trucado localismo y los tipismos folclóricos gastados. Y nos hizo, por así decirlo, católicos, a nosotros que éramos «protestantes», es decir, dados al jipío, al quejío o al inagotable ronroneo. Nos hizo más universales. Que eso quiere decir católico: de todo el orbe. Catolicismo de la universalidad que debe respetar e incorporar cualquier periódico que aspire a la altura. Y que consiste en representar y defender los bienes de la vieja Ilustración, que forman los fundamentos de las sociedades occidentales avanzadas: análisis, objetividad, veracidad y el valor de la independencia. Arma, de hechos y de ideas, con la que enfrentarse a tronos y dominaciones y derrumbar las murallas del camelo o del engaño.

De todo eso se trataba en el fondo. Concisamente, de revitalizar esa esencia que, según repiten con frecuencia, es parte de la composición genética de esta ciudad de espumosas olas: el espíritu crítico. Una afirmación que tiene más de autocomplacencia que de realidad verdadera. Aquí ha gustado siempre mucho más el aplauso, y a ser posible barato, que la crítica, que ha brillado tantas veces por su ausencia.

A la tarea de este nuevo periódico le quedaba otro duro reto: conquistar el corazón de los gijoneses. Tarea nada fácil. Si el esternón de Asturias asoma por el Cabo Peñas, el corazón de la región está, como en cualquier cuerpo, ligeramente a la izquierda. Late a orillas del Piles. No es fácil cogerle amor a esta ciudad, y menos para un cerebro con suaves querencias centralistas. No es fácil para los levíticos coger cariño a nuestros anarquismos. Ni siquiera para nosotros mismos es fácil entender una ciudad a la que le

cuesta tanto desprenderse de sus dogmas y ponerse de verdad a buscar su sitio en el complejo futuro.

Rechinaron cosas, pero el faro luce y orienta a los navegantes aún hoy erguido entre las nieblas. Puede decirse que ya no resulta posible entender lo que pasa en Gijón sin tener en cuenta esta otra mirada. Esta forma de ver. Respecto al Sporting, que nos ha obligado a tragar mucha basura y mucha quina. Respecto al superpuerto, una maldita cicatriz que nos atraviesa el rostro. Respecto a la playa, un lío de casetas y de arenas. Respecto a la desindustrialización, una canallada. Respecto a ese cuento de la lechera de la milagrosa veta turística. Respecto a nuestro sitio en la economía global, o a tantas otras cosas del orden cívico y político que no pueden ya concluirse sin tener en cuenta lo que digan estas páginas.

Pocas diría yo para lo que merece una ciudad milenaria, pero que han contribuido esencialmente, con mayor o menor acierto, a entender Gijón. Una ciudad tradicionalmente mal contada. Por exceso de folclore raros, y por diversas pasiones y testosteronas, muy enraizadas en nuestro ADN vital.

En resumen, que veinte años pueden parecer mucho, pero no son nada para esta compleja hazaña.

Como en cualquier empresa humana, ciertos logros habrán quedado a medias o se habrán realizado con imperfecciones. Más motivo para insistir en el esfuerzo y reforzar la pasión por Gijón y por Asturias. De las que queda mucho por pensar, mucho por entender y mucho por explicar. Desde el amor a nuestros amores y desde la voluntad de estar siempre a las órdenes del entendimiento. Un entendimiento que debe seguir brillando como un faro también en la era de internet y ante las ignotas tierras digitales.